

CAPÍTULO XV

CARLOMAGNO CONQUISTADOR.

No eran ya las expediciones contra los longobardos escursiones como las de los bárbaros, realizadas con el objeto de entregarse al saqueo, ni hostilidades de tribu á tribu, sino guerras aconsejadas por una intencion política y por la necesidad, de poner en ejecucion un sistema resuelto. Ya hubiera comprendido Carlomagno esta necesidad, por el examen de su siglo, ó ya se viera empujado á ello, sin saberlo, por las circunstancias, ya por aquel instinto que hace conocer á los grandes hombres lo que á su época conviene, es lo cierto que se columbra de continuo en las cincuenta y tres expediciones por él emprendidas desde 769 hasta 813 (1) la intencion de reunir en una unidad vigorosa á los pueblos situados en el territorio del antiguo imperio romano, con objeto de oponerlos á la doble invasion de los árabes en el Mediodia y en el Norte á la de los bárbaros que habian quedado en la Germania cuando salieron los demás.

No debe, pues, verse en él un conquistador ambicioso, sino un ordenador que se dedica á asegurar en el territorio ocupado las poblaciones recién

(1) Contra los aquitanios.	1
— los sajones.	18
— los longobardos.	5
— los árabes en España.	7
— los turingios.	1
— los ávares.	4
— los bávaros.	1
— los bretones.	2
— los eslavos mas allá del Elba.	4
— los sarracenos en Italia.	5
— los daneses.	3
— los griegos.	2

53

temente establecidas y á oponer un dique á nuevas irrupciones. Con este fin empezó por someter la Aquitania, cuyas continuas agitaciones debilitaban la frontera de Francia, vecina al nuevo reino fundado por los árabes en España. Siempre alerta los longobardos, como un ejército en campaña, en medio de poblaciones avasalladas y temerosas, avarientos siempre de conquistas en un sentido diferente del suyo, sucumbieron bajo sus golpes. Envió á la Bretaña armórica al senescal Anulfo, quien tomó muchos castillos é hizo gran número de prisioneros (786), aunque no supo sujetar completamente á este pais hasta doce años más tarde. No le guardaron la fidelidad jurada los mactiernes, á quienes restableció en sus posesiones.

Sajones.—Más molestos fueron para Carlos los sajones. Probablemente se derivaban del mismo tronco que los francos, y no habian abandonado su patria; pero mientras que éstos, que habian salido de ella, se habian hecho cultos por su mansion en las Galias y por abrazar el cristianismo, los *hombres de la tierra roja*, como se llamaban los sajones á sí propios, habian conservado su rudeza nativa. Diseminados en sus marcas y en espesimas selvas, designando con la misma palabra el prado y la ciudad (2), detestaban una civilizacion que les encadenaba á tierras, á aldeas, á una administracion. El extranjerio que transitaba por su marca, no debia ofender las tierras con sus carros, y el odio y la envidia que esperimentaban hacía los francos le apegaban cada día más á su tosca idolatria.

Dividíanse en cuatro poblaciones principales, los vestfalianos, al Occidente; los osfalianos, al

(2) GRIMM, *Deutsch Rechts Alterthumer*.

Levante, los engrianos, al Mediodia, y los nordalbinos, á la orilla derecha de Elba (3).

A la par que las instituciones germánicas habian caído entre los francos y que los derechos de la nobleza habian sido usurpados por los secuaces del rey, que habian sustituido á los hombres libres, los sajones, por el contrario, fieles á las costumbres de sus mayores, no reconocian ningun jefe universal sino que cada tribu elegia el suyo (4); luego tenian una dieta anual en Marco á la orilla de Weser para tratar allí de los intereses comunes. Distinguan entre sí tres clases, los nobles (*etelingos*), los hombres libres (*frilingos*), los siervos (*litos*); y la institucion germánica de la banda guerrera que seguia subsistiendo entre ellos, les empujaba á fechorias y aventuras. Así como habian llegado los tres Pepinos á consolidar la monarquia de los francos, conduciendo las tribus guerreras del pais oriental á la Galia, prosiguiendo los sajones aquel movimiento comenzado hacia siglos, amenazaban invadir las tierras de la Ostria, traspasando la débil barrera del Elba y del Weser. Después de la mitad del siglo vi, sus correrias habian tenido tregua: vencidos y sujetos á un tributo, levantaban de nuevo la cabeza á la primera coyuntura, rechazándolo todo y haciendo nuevas irrupciones. En repetidos casos se habia probado á introducir el cristianismo en su pais, pero siempre en vano. Su religion, quizá la misma que la de los escandinavos, se hallaba tan enlazada á su organizacion política, que no podia ser derribada la una sin que cayera la otra: equivalia á minar la nobleza nacional hacer la guerra al culto existente. Obligados por la fuerza á dejar que los misioneros predicaran en su territorio, acogieron á San Lebuino, de origen anglosajon. Halládoles poco dóciles á su acento, se presentó en plena asamblea de Marco y les amenazó con la cólera de Carlos. Nunca lo hubiese hecho, porque en su exasperacion echaron abajo la iglesia elevada en Deventer, y estermindaron á cuantos se habian convertido. Lebuino fué salvado con gran trabajo, merced á la compasion de un noble,

(3) *Pfahl*, significa poste, y un poste señalaba el límite entre dos pueblos. *Enge* significa en medio; los engrianos eran las tribus del centro. El nombre de los últimos se deriva del río *Albis*, actualmente Elba.

*Denique Westfalos vocitant in parte manentes
Occidua, quorum non longe terminos anire
A Rheno distat. Regionem solis ad ortum
Inhabitanti Osterlindi, quos nomine quidam
Ostfalos alio vocitant, confinia quorum
Infestant conjuncta suis gens perfida, Slavi
Inter predictos media regione morantur
Angarii populus Saxonum tertius.*

Poeta Sajon, ap. PERTZ, p. 228.

(4) *Que nec rege fuit saltem sociata sub uno,
Ut se militie pariter defenderit usu,
Sed variis divisa modis plebs omnis, habebat
Quot pagos, tot pene duces.*

Id.

HIST. UNIV.

y corrió á traer la infausta nueva á Carlos (772), quien en este momento celebraba la dieta de Worms. Así como cuando la expedicion de los longobardos, llegaba la religion á ofrecerle oportunamente un motivo para empeñarse en una empresa que su política juzgaba necesaria. Participando de su opinion los nobles francos ó arrastrados por su ascendiente, decretaron unánimemente la guerra nacional y religiosa.

Espedicion contra los sajones.—Peleano aisladamente á las órdenes de diferentes caudillos los sajones de las tres primeras poblaciones, fueron vencidos con facilidad por Carlomagno, que superando las barreras formadas por selvas enteras echadas abajo tomó á Ehresburgo (*Stadtberg*), sobre una altura cerca de Diemen en Westfalia, probablemente metrópoli de su culto, pues el Hirminsul se alzaba allí en medio de un bosque sagrado. Este ídolo, del cual por una analogia de nombre se supone equivocadamente haber sido consagrado á la memoria de Herminio, representaba á Hirmin, genio tutelar de toda la nacion germánica (5). Estaba armado de piés á cabeza, sosteniendo una balanza en la mano izquierda, y en la derecha una bandera con una rosa, y sobre su escudo se veia un leon, rey de los demás animales: á sus piés habia un campo esmaltado de flores. Por espacio de tres dias se ejercitó el hacha de armas de los compañeros de Carlomagno contra el ídolo y contra todo lo que ofrecia vestigio de su culto. El cielo manifestó su aprobacion haciendo brotar allí un manantial para saciar la sed de aquellos piadosos guerreros. Dobleáronse las tribus bajo el yugo de Carlos, á quien entregaron doce rehenes, obligándose á pagar un tributo anual, y á dejar á los misioneros en libertad de predicar en su territorio.

Carlos se habia visto obligado á detenerse en medio de su expedicion para correr á combatir contra los longobardos que se habian sublevado (773), y tan luego como los sajones supieron que se hallaba empeñado en otra guerra, corrieron á las armas, espulsaron á los predicadores, volvieron á apoderarse de Ehresburgo (774), devastaron la Turingia hasta Fritslar, y vengaron sobre el templo erigido allí por San Bonifacio los ultrajes hechos á su Hirminsul.

El rey dió orden de hacer marchar tres cuerpos de tropas para repeler á los sajones de las orillas del Weser (775), hasta que pudo acudir personalmente, lo cual se verificó al poco tiempo. Convocó á los suyos en el campo de Mayo cerca de la quinta real de Duren, entre Aquisgram y Colonia, se adelantó contra Sigeburgo á orillas del Ruhr, tomó por asalto la plaza y puso guarnicion en ella. Enseguida fortificó á Ehresburgo, decidido desde entonces á avasallar el pais sin entrar en condicio-

(5) GRIMM. — *Irmenstrasse und Irmenssäule*. Viena, 1815.

T. IV. — 51

nes de ninguna especie. Después de haber asegurado de este modo su retaguardia, se dirigió sobre el Weser, y habiéndolo pasado por Brunberg, á pesar de una viva resistencia, recibió el homenaje de Brunon y de Assion, jefes de los engrianos y de los ostfalianos, quienes le dieron rehenes y le prometieron no molestar la predicacion de ningún modo. Habiendo sorprendido por este tiempo los vestfalianos á un cuerpo de francos, le aniquilaron completamente; pero Carlos corrió en contra de ellos y les redujo á someterse á los mismos pactos.

¿Qué caso se podía hacer de juramentos pronunciados con la espada en la garganta, de conversiones dictadas por intereses momentáneos? Cuando los soldados oían declarar que necesitaban recibir el bautismo, prestaban obediencia; muchos de ellos especulando con la vestidura blanca de los neófitos se hacían bautizar dos ó tres veces. Cuando los ávares se apercibieron de que Carlomagno daba un banquete á sus compatriotas convertidos, acudieron en tropel á las sagradas fuentes, á fin de tener un puesto en la mesa.

En verdad, mientras que solo se convertía la plebe, apenas se alteraba su condicion política; pero no sucedía así cuando se tocaba á la nobleza, cuyo único punto de apoyo era la religion. Si el vulgo corría, pues, al bautismo, los nobles se negaban á someterse á él, y no dejaban de acechar el momento de volver á empezar las hostilidades. Cuando Carlomagno acudía al Friul (776) para prevenir la sublevacion de los duques longobardos, supo que los sajones, otra vez sublevados, habían tomado á viva fuerza y destruido á Ehresburgo, y que asediaban con vigor la guarnicion encerrada en Sigeburgo. Acudiendo bien pronto del Tagliamento al Ruhr, y aunque encontró los caminos interceptados por troncos de árboles seculares, se adelantó hasta las fuentes de Lippa, donde construyó el castillo de Lippspring, rodeado de murallas no menos fuertes que las del castillo de Ehresburgo, que reedificó; y precisó á los nobles de las tres tribus, no solo á renovar su juramento, sino á recibir el bautismo ellos y su familia. Entonces convocó el campo de Mayo en Paderborn, en el país de los vestfalianos (777), y no solo los etelings, sino la mayor parte de los hombres libres acudieron á él, jurándole fidelidad, consintiendo en perder sus bienes y libertad si faltaban á su fe, y recibieron una multitud de ellos el agua del bautismo. Erigióse una iglesia en esta ciudad, y San Storm, abad de Fulda, nombrado primer obispo de los sajones, estableció su silla donde en otro tiempo se elevaba la estatua de Hirminul.

Pero toda la nacion no se había presentado en Paderborn. El vestfaliano Witikindo, uno de sus más valientes jefes y de los que gozaban más crédito, se refugió en Jutlandia, cerca de Sigifredo, príncipe danés, con un numeroso séquito de etelings y frilingos, que no podían resignarse á su-

frir una dominacion extranjera y otro culto. Desde aquí, este héroe, que debía, con el tenaz valor del antiguo Herminio, retardar la caida de la independencia nacional, se concertó con sus compatriotas que habían quedado en el país, para aprovecharse de la ausencia de Carlos, ocupado entonces en combatir á los sarracenos entre los Pirineos. Al paso que las victorias que se referían del monarca franco, los habían tenido quietos, se despertó en ellos nuevo ardor al saber la derrota que, segun se decía, acababa de experimentar en las gargantas de los Pirineos, en el famoso Roncesvalles (778). Inmediatamente volvió á aparecer Witikindo en las orillas del rio natal, y solo su vista hace olvidar derrotas y juramentos. Las iglesias y monasterios son entregados á las llamas, y desde el Elba hasta el Lippa resuena un solo grito: ¡Mueran los misioneros! ¡muera todo el que se niegue á abjurar de la cruz para volver á los dioses de la antigua Germania! Devasta Witikindo la Turingia y el Hesse, adelantándose hasta el Rhin, y Colonia se encuentra iluminada por el reflejo de las llamas, á que está entregada Deutz en la opuesta orilla. Estiende sus estragos hasta la embocadura del Mosela. Toman parte en la sublevacion los frisonos, y ya el antiguo territorio de los francos se encuentra invadido, toda la Germania se halla pronta á sacudir el dominio de los francos.

Sin embargo, esta furia queda atajada por los francos orientales y por los alemanes, quienes, obedeciendo á las órdenes de Carlos, rechazan al enemigo hasta el Hesse, derrotándolo cerca de la aldea Badenfeld, mientras que el rey se apresta á una guerra decisiva (779). Pronto se adelanta al frente de sus paladines, y en Buckholz junto al Aa, derrota á los vestfalianos; lo cual precisa á Witikindo á buscar un refugio entre los daneses, como la planta que se dobla al pasar el torbellino para levantarse luego más vigorosa. Entonces las tres naciones más acá del Elba, envían á pedir la paz, y la obtienen en la dieta de Horheim (780). El bautismo y los juramentos debían parecer en adelante á Carlos garantías insuficientes, y estaba persuadido de que le era preciso, para asegurarse de la obediencia de los sajones, anonadar todas las fuerzas que podía conservar la nobleza. En su consecuencia, exigió que un gran número de hombres libres y de litos viniera más acá del Rhin como prenda de la sumision de sus compatriotas, y que diez mil familias fuesen trasladadas á las tierras despobladas de la Bélgica y de la Helvecia. Se abolieron las asambleas políticas, y los jueces nacionales; los sajones que se quedaron en su país, tuvieron que odedecer á los condes francos. Durante muchos años la ley de guerra castigó con la pena capital, hasta la violacion de los preceptos eclesiásticos, como sustraerse al bautismo ó quebrantar el ayuno de cuaresma (6).

En la asamblea general convocada por Carlos,

(6) BALUZIO, *Capit. de partibus Saxonía*, 1, 250.

junto á las fuentes del Lippa (782), se celebró una alianza con Sigifredo, príncipe danés, y con el kakan de los ávares: el gefe franco consolidaba su autoridad de este modo. Ya no tenía por qué temer, desde que la Sajonia se había transformado en provincia franca, ver á la barbarie salir de las selvas para hacer una nueva irrupcion en las Galias; pero detrás de los sajones se hallaban otros pueblos rebeldes á la civilizacion y sedientos de lanzarse sobre el Mediodía, los eslavos. Ya las tribus de los sorabos y de los chescos habían traído á pastar sus rebaños más acá del Elba: además, establecidos los primeros entre este rio y el Sava, intentaron saquear la Turingia y la Westfalia. Carlos convocó en Lippspring á los caudillos sajones, y como no les importaba menos que á los francos rechazar esta invasion, les invitó á que hicieran tomar las armas á sus fieles. ¡Imprudente confianzal Un cambio de dominacion, de instituciones, de culto, no puede llevarse á cabo sin producir graves disgustos. Así había acontecido, especialmente respecto de los sajones que habían sido sometidos por la fuerza, y entre quienes Witikindo, indomable á los desastres, no cesaba de atizar los odios manteniendo siempre alerta su patriotismo. No bien se hallan reunidos y con las armas en la mano, se rebelan contra los francos en union de los cuales debían lanzarse á la pelea. Animados por la presencia de Witikindo, á quien vuelven á ver en medio de ellos, les presentan la batalla cerca del monte Sinthal (783), y triunfan de sus vencedores. Es muerto el chambelan Adalgiso, así como el condestable Gerlón y el conde palatino, Wolvado, teniente de Carlos: á no haber sobrevenido el rey, corría riesgo otro cuerpo del ejército de ser destronado.

Matanza de Ferden.—Este era aun otro levantamiento de la nobleza, porque el comun del pueblo se humilló en breve en presencia de Carlos (784), que habiéndose adelantado hasta Ferden, junto al Aller, y despojándose de una clemencia que tan cara le había costado, convocó á los sajones en dieta, les intimó que le entregaran los principales rebeldes. Cuatro mil quinientas personas fueron conducidas á Ferden entre nobles y hombres libres. Allí, á pesar de su humillacion y de sus ruegos, fueron pasados á cuchillo en cruel expiacion de su reiterada perfidia.

Al saberse la horrenda tragedia cambióse el dolor en despecho, y éste en abierta insurreccion. Witikindo, habiendo reunido un ejército numeroso, acampó cerca de Detmold en la Westfalia. Entonces tuvo necesidad Carlomagno de toda su admirable actividad. Habiendo atacado á Witikindo, ó no alcanzó la victoria ó fué á costa de tanta sangre, que hubo de replegarse á Paderborn para aguardar allí refuerzos llevados por su hijo Carlos, que en aquella ocasion se inauguraba en la carrera de las armas. Con sus tropas de refresco pudo volver á tomar la ofensiva contra los sajones que avanzaban hácia Osnabruck, cantando: *Santo y generoso Wo-*

dan, ven en nuestra ayuda y en apoyo de los príncipes Witikindo y Quetta contra el malvado Carlos. Te ofreceré un búfalo, dos ovejas y el botín; te inmolaré todos los francos sobre tu santa montaña del Hartz. Dióse una batalla terrible á las orillas del Hase, la cual duró muchos dias: al fin Carlomagno, prevaleciendo sobre el impetu indisciplinado, destrozó completamente las fuerzas de los sajones. Witikindo tornó al país de los daneses, y los francos se pusieron á devastar, sin que encontraran la menor resistencia, todo el país situado entre el Weser y el Elba, á fin de reducir al hambre á sus moradores y de humillar absolutamente su soberbia.

Pero tan poco seguro se creía Carlomagno de su victoria, que mantuvo contra su costumbre sus tropas sobre las armas durante todo el invierno. Al asomar la primavera (785) entra en el Bardengau; é informado de que Witikindo y su hermano Albion hacen nuevos preparativos de guerra les ofrece la paz, prometiéndoles perdon y recompensas si cesaban de una vez las hostilidades. Debilitados con tantos desastres, y sin esperanzas ya de restaurar su patria agotada de fuerzas y recursos, prestaron oído los dos hermanos á sus proposiciones, y después de haber recibido rehenes se encaminaron á Bardenwick (antiguo Luneburgo) para tener una conferencia. Desde allí pasaron á Francia, y doblando su orgullosa frente á la voluntad de Carlomagno, recibieron el bautismo con gran pompa en una asamblea solemne convocada en Attigny.

Facilmente se concibe el jubilo que hubo de experimentar el rey franco en virtud de una conversion que colocaba entre sus fieles á los dos campeones más heroicos de los sajones. Con efecto, en pos de ellos aceptaron el cristianismo y el yugo de los francos infinitos nobles, ora fuesen arrastrados por el ejemplo, ora porque desesperasen de su causa. Con intencion de hacer de los sajones y de sus demás súbditos un solo pueblo, publicó una capitular, por la cual les atribuía los mismos derechos que á los francos: esto les valió ser gobernados por condes de su nacion, asistir á las asambleas generales, y ser tratados de la misma manera que los vencedores para la composicion de los delitos. Así, durante ocho años de paz, se les vió combatir en union de los francos contra los ávares y los eslavos. A pesar de todo se les vedó reunirse en asambleas particulares y dedicarse á la práctica de ritos idólatras, bajo la amenaza de los más rigurosos castigos. Pronuncia la ley pena de muerte contra todo el que rehuse el bautismo, contra el que queme un cadaver segun la antigua costumbre; igual pena debía sufrir el que inmolará un hombre al demonio, el que conspirara con los idólatras contra los cristianos, el que robase la hija de su señor. Si un noble hace un voto á las fuentes, á los árboles, á los bosques, ó si come en honor de los demonios, debe pagar sesenta sueldos; treinta si es hombre libre, quince si es colono; y si no los tiene, hasta satisfacerlos debe servir á la

Iglesia: además todos deben contribuir en favor de la Iglesia con el diezmo de sus bienes y de sus trabajos (7).

No se doblegaron los nordalbinos á estas rigurosas leyes. Por el contrario, mantuvieron su independencia y el culto patrio, insultando la cobardía de sus hermanos de la otra orilla del Elba, y escitándoles continuamente á rebelarse. No hablaban á sordos. Muchos de ellos se insurreccionaron, y marchando Carlomagno en contra suya, les obligó á capitular en Sinfeld (794); pero apenas se aleja para combatir á los ávares, cuando de nuevo levantan la cabeza y le asesinan algunos de sus capitanes que habían quedado entre ellos, lo cual le hizo adoptar la resolución de pasar el invierno junto al Weser para consolidar su victoria. Pronto tomó su campo el aspecto de una magnífica corte, donde se vió llegar á sus hijos los reyes de Italia y de Aquitania, á Tudum, kacan de los ávares, á los embajadores de Alfonso, rey de Asturias, y los de Ben-Omeya, emir de Mauritania, reunion accidental que dió nacimiento á una ciudad que conservó el nombre de Nuevo Heristal.

Duraban aun estos cuarteles de invierno, cuando los transalbinos degollaron á los comisionados encargados de recaudar el tributo, y á Godescalco, enviado por Carlos al rey de los daneses (795). Tuvo entonces Carlomagno que resolverse á estirpar los últimos gérmenes de aquella guerra renaciente: apoyado por los fieles obotritas, dirigió á sus francos contra aquellos irreconciliables enemigos, á quienes atacaron y derrotaron en Suentana. Hizo trasladar una tercera parte de la población á la Galia; después, habiendo pasado personalmente el Elba por la primera vez, se adelantó hasta Eider y acabó por someter á todos los sajones transalbinos (797). No permanecieron tranquilos, empero, y hubo una serie de insurrecciones y derrotas antes de que Carlomagno consiguiera domeñarlos dándoles muerte ó expatriándolos. En fin, firmó en Zeltz una paz definitiva con los sajones que abrazaron el cristianismo y juraron fidelidad al vencedor, no formando muy pronto más que una sola nación con los francos. Reintegrados en sus bienes, en su libertad civil y en sus leyes nacionales, tuvieron que obedecer á sus obispos y á jueces nombrados por el rey (8). Como la per-

(7) BALUZIO, lug. cit. Se ha querido ver en los tribunales de inquisición establecidos por Carlomagno, el origen de la Santa Vehme, que se extendió posteriormente en el siglo XIV en Westfalia y castigaba en secreto y de un modo misterioso al traidor.

(8) Varios modernos ponen esta paz en duda. Nada hemos encontrado (excepto el silencio guardado por los demás escritores) que contradiga al poeta sajón, cuando afirma en estos términos:

*Tum sub iudicibus quos rex imponeret ipsis,
Legatisque suis permissi legibus uti*

cepcion del tributo había sido una causa perpétua de rebeliones por su parte, se les libró de él, mediante su reemplazo por el diezmo de sus bienes y de sus trabajos, no menos insufrible y oneroso. Renunciaron á su antigua libertad, que se fundaba en la propiedad territorial; y permaneciendo en las tierras patrimoniales sin llegar á ser vasallos, se les consideró como dependientes del rey, y en tal concepto fueron sometidos al heriban del Imperio. Los frisonos siguieron la misma suerte; y la memoria, ó por lo menos el espíritu, de la libertad, quedó sofocado (9).

Los patrimonios confiscados á la religion enemiga se asignaron como dotacion á los obispos, y abades ó sacerdotes, para que predicasen y bautizasen; y cada cien nobles, ú hombres libres ó colonos, debían imponer entre sí una tasa para proporcionar á la iglesia de que dependían, un patio, dos mansos (10), un siervo y una sierva. Se instituyeron varios obispados en Osnabruck, Hildesheim, Verden, Minden, Halberstadt, sin hablar del de Paderborn ya mencionado: San Guileado, penetrando hasta la Vigmodia, erigió allí la silla de Bremen (787); en fin San Liudgero fué promovido al obispado de Munster, después de quince años de apostolado en la Frisia y en la Sajonia marítima (802). Estos ocho obispos que los contemporáneos comparan á *ángeles veloces para anunciar el Evangelio de paz en toda la amplitud del aquilon* (11), se presentan á los ojos de los que estudian los progresos de la civilizacion como maestros de la Germania. Entorno de la iglesia y del presbiterio no tardaron en levantarse aldeas, que pronto se ensancharon y convirtieron en ciudades. Los obispos reunían allí los sínodos, y los condes las dietas: á aquel punto acudia la población á llevar los diezmos, á recibir las ordenaciones, los sacramentos, el pan de la palabra; allí era congregada la juventud para recibir su instruccion del clero, y al volver luego á su pais natal, difundía en él ideas humanas y la costumbre de las instituciones civiles. Creciendo de este modo en poderío los obispados, formaron aquellos principados eclesiásticos que fueron una parte esencial de la constitucion germánica.

Nada puede justificar el difundir la verdad por

*Sajones patriis, et libertatis honore,
Hoc sunt postremo sociati fœdere Francis.*
Lib. IV, 109-112.

(9) MÖSER (*Historia de Osnabrück*, t. I, sec. III, párrafo 40) y LUDEN (*Hist. de Germ.*, t. IX, p. 375) consideran la sumision de los sajones como un pacto de amistad entre ambos pueblos, celebrado de igual á igual. No les faltan razones; pero la totalidad de los hechos les es contraria.

(10) Una casa con las caballerizas y los edificios rústicos formaba un patio. Un patio con sus campos y sus bosques, se llamaba *manso*, quinta, de la medida de doce fanegas ó yugadas. Muchos mansos constituían una *marca*, y muchas marcas un distrito, *pagus*.

(11) HEMOLDI, *Chron. Slavorum*, 3.

medio de la espada, y la memoria de Carlomagno permanecerá siempre manchada con los estragos á que recurrió para propagar la religion y la civilizacion. Pero todas las guerras entre pueblos de la misma familia son en extremo mortíferas, y si la política del rey franco encontró buenos todos los medios para reprimir la nueva irrupcion de los bárbaros idólatras, no abusó de la victoria. Comprendiendo que su munificencia daría mejores resultados que el terror, la puso por obra (12); y se mostró al par que dulce en la piedad, formidable en la ira (13). Los jefes, y el mismo Witikindo, ganados por la conducta afable y generosa de Carlomagno, le juraron fidelidad y no faltaron á sus compromisos.

Muchos de los bienes confiscados ó vacantes en el territorio germánico, se adjudicaron á los guerreros francos; al mismo tiempo los sajones recibieron en donacion propiedades en la Galia, lo que produjo por ambas partes un cambio de ideas y afectos, interesando á unos y otros en el sosten de la paz. Aseguráronse los progresos de la civilizacion en Francia (14), y se la ayudó á penetrar en el corazon de la Germania. Inundada la Sajonia con tanta sangre, tuvo para indemnizarse de su independencia, las ventajas de la paz y de una administracion regular; pronto veremos al jefe de su liga, Enrique I, encontrarse frente á frente del imperio fundado por Carlomagno.

Hemos referido seguidamente las expediciones contra los sajones, aunque así en el orden como en el tiempo, estuvieron separadas por muchas otras, y por turbulencias interiores.

Expedicion contra los turingios y bávaros.—Mientras que Carlomagno sometía otra vez á los sajones aquende el Elba, el conde de Turingia, Hartrado, urdió una trama contra los señores de su pais y contra los ostrianos: su objeto era desbarazarse del rey y libertarse de la dominacion

(12) *Plus regit pietas et munificentia fecit
Quam terror. Nam se quisquis commiserat ejus
Egregia fidei, ritus spernendo profanos,
Hunc, opibus ditans, ornabat honoribus amplis.
Copia pauperibus saxonibus agnita primum
Tunc fuerat rerum, quas Gallia fert opulenta,
Prædialia præstiterat cum rex compluribus illis,
Ex quibus acciperent preciosa tegmina vestis,
Argenti cumulos, dulcisque fluentia Livi.*
Poeta sajón ad. an. 803.

(13) *Et multis experta modis innotuit ejus.
Tam dulcis pietas, quam formidabilis ira.*

Este es uno de los versos más hermosos del Poeta sajón.
(14) Aparece claro de la siguiente carta escrita por Alcuino á Carlomagno, que se consideró á los sajones como un obstáculo para la civilizacion: *Utinam quandoque divina gratia vobis concedat libertatem e populo nefando Saxonum, iter agere, regna gubernare, justicias facere, ecclesias renovare, populum corrigere, singulis personis ac dignitatibus iusta decernere, oppressos defendere, leges statuere, peregrinos consolari, et omnibus ubique atatis et celestis vitam ostendere.* EP. 81.

de la casa de Heristal, y quizá esta maquinacion debía ser apoyada por un movimiento general de los enemigos de la Francia; pero habiendo tenido noticia Carlomagno de estos manejos, envió el heriban á castigar á la Turingia. Los rebeldes, que fueron hechos prisioneros, confesaron su crimen, y se les mandó á los unos á la Italia y á los demás á la Neustria ó á la Aquitania con el pretexto de hacerles prestar un nuevo juramento de fidelidad, por las más veneradas reliquias, haciéndole de esta manera más sagrado. A algunos, sin embargo, se les sacaron los ojos en el tránsito; otros fueron condenados al último suplicio por la dieta de Worms, y todos perdieron sus beneficios y sus patrimonios. Carlomagno trasladó tan gran número de francos á la parte meridional del pais, que el nombre de Franconia se dió á la comarca vecina al Mein superior, al Reidnitz y al Pegnitz.

Tasilon II, duque de Baviera, dotado de un carácter noble, lleno de la dignidad de su raza y de su pueblo, respetuoso con los ministros de Dios, moral en sus relaciones de familia, celoso de la prosperidad de sus súbditos, rechazó las hordas de los ávares, protegió á la Germania contra éstos, derrotó á los eslavos que ocupaban la Carintia, y extendió los límites de sus Estados. Le era insostenible ver á la antigua raza de los Agilolfingos, reducida á servir bajo de los Heristales, cuya ilustracion era reciente, y que se complacía en humillar á las antiguas familias señoriales de la Germania, con objeto de dominarlas á todas. Ya habían sujetado la de los alemanes, los sajones y frisonos, sin tener más rival que la casa de Baviera. Tal vez tambien Luitperga, su mujer, la hija de Desiderio, rey de los longobardos, le escitaba contra el destructor de los suyos; por lo que se había declarado enemigo de Carlomagno. Pero vencido y citado ante la dieta de Worms, solo á la intercesion del papa debió ser de nuevo admitido y perdonado, prestando juramento de fidelidad y dando doce rehenes (781). Lejos de observar el tratado, sostuvo inteligencias con Adelquis, rey de los longobardos, con el duque de Benevento, con los ávares, y con todos aquellos que sabía eran enemigos de su enemigo. Invadió, pues, Carlomagno la Baviera por tres partes diferentes (787), é implorando Tasilon de nuevo merced, obtuvo conservar el pais á título de feudo.

No obstante, las instigaciones de su mujer le indujeron á hacer traicion otra vez á sus promesas. En su consecuencia, acusado como culpable de felonía por sus mismos fieles, en el campo de Mayo de Ingelheim, fué condenado á perder allí la cabeza. Conmutó la pena Carlomagno en reclusion en un claustro, donde fué hasta separado de sus hijos. En él concluyó la ilustre raza de los Agilolfingos, que había dado mucho tiempo señores á la Baviera y reyes á la Italia; y dividióse entonces el pais en condados, y los habitantes juraron obediencia al vencedor.

La adquisicion de un pais tan hermoso como la

Baviera, era aun más importante por su posición, pues aseguraba la unión entre las provincias septentrionales y las meridionales de los francos, y establecía entre estos países germánicos y la Italia comunicaciones de gran consecuencia: Ratisbona y Augsburgo llegaron a ser puntos intermedios para el comercio y la industria, conservada ó creada por la Italia, de donde se difundieron por la Germania interior, penetrando hasta los pueblos más septentrionales. Carlomagno se dirigió allí en breve para asegurar el país y atraerse la voluntad de los habitantes: en una asamblea general celebrada en Ratisbona, antigua ciudad real, regularizó los negocios del país con el asentimiento del pueblo, y pareció haberse conciliado su afecto usando de moderación; sometió los cantones á condes, que en la administración de justicia debían seguir las leyes bávaras, pero que podían ser francos, del mismo modo que los bávaros podían ejercer cargos en lo demás del imperio: el gobierno de todo el país fué confiado á un conde superior, vicario del rey, recayendo el nombramiento en Geroldo, cuñado de Carlomagno, sin contar los comisionados regios extraordinarios que podían enviarse para proteger la justicia.

Pero no tardó Carlos en sentir la necesidad de nuevas empresas. Ya hemos hecho mención de los ávares y de los eslavos, pueblos establecidos detrás de aquellos que Carlomagno había subyugado, y que desde entonces figuraban como vecinos amenazadores para su imperio. Habitaban los segundos entre los Carpatos y el mar Báltico, los demás, entre aquellas mismas montañas y los Alpes Julios, no estando separados de la Baviera sino por el Ems. Seguros en medio de los pantanos de la Hungría, caían á su antojo sobre el imperio griego ó sobre los eslavos, y acumulaban en su campo (*ring*), inmensa ciudad de madera rodeada de árboles entrelazados, los despojos de los bizantinos, los lechos de oro exigidos en tributo de los sucesores de Constantino.

Habiendo, pues, amenazado á la Italia, se tomó el partido de fortificar á Verona, quizás desmantelada después del sitio que había sostenido allí Adelquis; y en virtud de las contestaciones que se originaron para saber si los eclesiásticos debían tener á su cargo la tercera ó cuarta parte de la reconstrucción de las murallas, se dispuso que la decisión fuese remitida al juicio de la Cruz. Aregao, representante de la parte pública, y Pacífico, que lo era de la del obispo, jóvenes ambos y dotados de gran fuerza, se colocaron de rodillas con los brazos abiertos, mientras que se recitaba la misa según la *Pasion* de San Mateo: a la mitad de ésta no pudo Aregao sostener más los brazos levantados; pero Pacífico los mantuvo así hasta concluirse la misa, de suerte que no tocó á los eclesiásticos sino la cuarta parte del gasto.

Cuando el kacan de los ávares vió en peligro á Tasilon (788), con el cual había contraído alianza, dirigió sus tropas hácia los confines de la Baviera

y del Friul, pero fueron rechazadas. Quiso entonces Carlomagno determinar de una manera estable los límites de los dos territorios; y de este modo pensaba evitar los motivos de guerra, mas esto fué precisamente lo que la hizo estallar. Habiendo comenzado, pues, las hostilidades, entró con tres ejércitos en las tierras del kacan, se adelantó á la antigua Panonia (790), y rechazó al enemigo allende el Raab, apoderándose de sus plazas fuertes y de sus tesoros. Pero *una epidemia y un hambre tan espantosa*, dice el monje cronista, *que obligó á los soldados á comer de carne hasta en cuaresma* (15), hicieron inútiles aquellos formidables armamentos. Solo cinco años después el rey franco pudo enviar á aquellas comarcas á su hijo Pepino (796), quien precedido por el duque de Friul, penetró hasta cerca del lugar en que Atila había tenido su corte salvaje, y donde debía ser ganada en nuestros días la más brillante victoria de los tiempos modernos. Favorecido por las divisiones que la muerte del kacan había suscitado en las filas de los ávares, subyugó Pepino el país, y se le asignó por límite hácia Levante el Raab. La comarca entre este río y el Ems fué bajo el nombre de Marca oriental (*Austria*), confiada á la guardia de un mar grave.

Como no era posible civilizar aquellos pueblos sin modelarlos, según nuestras ideas, que les eran enteramente extrañas, se enviaron á ellos misioneros, y San Arnon, obispo de Salzburgo, fué á convertir los pueblos de la orilla occidental del Danubio; entonces fué cuando se edificaron ó renovaron las ciudades de Viena, Buda, Raab y Mohacz.

Ofreció Carlomagno al pontífice las primicias de los tesoros conseguidos en esta expedición (16). Lo demás fué dividido entre el ejército, sus paladines y el duque de Friul, que principalmente había contribuido á esas victorias. Casi toda la nobleza de los ávares pereció; la que quedaba, fué dispersada, y el país gobernado por un kacan, tributario de los francos. Tudun, que se había apresurado á ir á recibir el bautismo en Aquisgram, fué el primero que obtuvo este título de Carlomagno; pero habiendo faltado á su fe, fué derrotado y muerto. Geroldo, gobernador de los bávaros, pereció en la sublevación que aquel desleal tributario había incitado, y el duque del Friul, que había acudido á vengarle, cayó á su vuelta en una emboscada que le prepararon los habitantes de Trieste y de Fiume (799). Los kacanes que sucedieron á Tudun,

(15) *Anal Loisell*, an. 791.

(16) «Cuántas batallas dadas en esta guerra! Cuánta sangre derramada! Panonia despojada lo testifica, y la residencia del kacan, desierta hasta el punto de no haber huella de población humana. Toda la nobleza de los hunos pereció allí, toda su gloria se eclipsó. Los tesoros acumulados en estos lugares después de tanto tiempo fueron presa del vencedor, y los hombres no podían recordar una guerra de donde hayan vuelto los francos tan cargados de riquezas.» EGINARDO, cap. 13.

sostuvieron la religión entre los ávares y permanecieron fieles. Pero decayeron de tal manera de su antiguo valor, que uno de ellos vino á suplicar á Carlomagno que concediese un asilo á su pueblo aqueado el Danubio (805), para salvarle de los bohemios.

Eslavos.—Los bohemios pertenecían á la segunda de las dos razas que hemos dicho ocupaban la frontera de la Germania, es decir, á los eslavos. Al verse libres del yugo de los ávares por el franco Samon (17), las diversas tribus tornaron á ser independientes unas de otras; y de esta suerte algunas se hallaban en guerra con los bávaros, los sajones y los turingios, mientras otras eran aliadas de ellos. A su nación pertenecían hácia el extremo oriental de la Germania los moravios, que habitaban los países á que han dejado su nombre; los chescos en la Bohemia, por la parte del Norte: los sorbios ó sorabios, entre el Saale y el Elba; los wiltzos ó welatabos y los lusitzos, entre este último río y el Oder, en lo que forma actualmente el Brandeburgo y parte de la Pomerania; en fin, los obotritas, en el Meclenburgo. Estrechados estos últimos entre los sajones y los daneses, reclamaron la alianza de Carlomagno, bajo cuyas banderas Witzan, su caudillo, había ya peleado contra los sajones y los wiltzos. Vencidos por el rey de los francos estos últimos, poderosísimos entre los eslavos marítimos, se ligaron con los daneses y los sajones; luego volvieron á empuñar las armas, y quitaron la vida á Witzan, á tiempo que cruzaba el Elba para llevar refuerzos á Carlomagno (780). Los sorbios, que inquietaban á menudo la Turingia, fueron derrotados por los francos y obligados á seguir sus banderas contra los ávares (783).

Pero cuando después de haber triunfado de los ávares y de los sajones, extendió el rey franco su dominación hasta el Raab, enclavados los eslavos en medio de sus súbditos, temblaron por su independencia y corrieron á las armas. Enviado Carlos, primogénito de Carlomagno, en contra de los chescos, les venció, y enseguida destrozó á los sorabos junto al Saale. A pesar de todo, no pudo jactarse de haber avasallado á esta nación, aunque la tuvieron á raya las fortalezas de Halle y de Magdeburgo.

Daneses.—Los daneses, á quienes veremos amenazadores respecto de los nuevos Estados en el siglo siguiente, pertenecían á aquella familia germánica que, bajo el nombre de normandos, habitaba la Jutlandia, las islas del Báltico y la Escandinavia. Habían prestado ayuda á los sajones, á quienes les asemejaban la comunidad de origen y una constitución que tenía igualmente mucho del antiguo sistema tudesco. Hemos visto á Sigifredo, rey (*ober-kongar*) de los daneses, dar asilo al formidable Witikindo y á la flor de la nobleza sajona, en el Sleswig y en la Jutlandia; y Carlomag-

no, no pudiendo nunca durante la guerra de Sajonia cruzar la trinchera construida por Hardecanto, rey danés, para defensa de sus fronteras, ni obtener la amistad de Sigifredo, para lo cual no perdonó medio alguno, ni aun siquiera la más mínima condescendencia para los predicadores del Evangelio (18), debió, por el contrario, levantar fortalezas en las costas de la Frisia y de Flandes, y equipar una escuadra para oponerse á sus desembarcos. Godofredo, que sucedió á Sigifredo (808), persistiendo en los sentimientos paternales, se puso de acuerdo con los wiltzos para asaltar á los obotritas, espulsarles de las tierras ocupadas por ellos sobre los sajones transalbinos y restituir éstas á sus antiguos poseedores. Entonces se sublevaron á la vez todas las tribus eslavas contra los francos y los obotritas, y no teniendo fuerzas los últimos contra tantos adversarios, tuvieron que resignarse á pagarles un tributo anual.

Carlomagno juzgó esta guerra de tanta gravedad y de tan inmensa importancia, que llamó á las armas á todos sus vasallos de un extremo á otro del imperio. El pregon que hizo publicar intimó á todos los poseedores de beneficios y á los aquitanos que se reunieran junto al Rhin: al mismo tiempo ordenaba el alzamiento en masa de los sajones y de los frisones. Godofredo no aguardó la tempestad en la inercia. Después de destruir el puerto de Rerich en el Océano, que era el mercado del Norte, y de trasladar los negociantes á Sleswig, fortificó el istmo Cimbrico con una cadena de trincheras que se estendían á lo largo del Eider, desde el Océano al mar oriental. Carlos, hijo de Carlomagno, multiplicó las devastaciones; pero no aparece que su expedición tuviera un éxito venturoso, y consta que perdió en ella mucha jente al volver á pasar el Elba. Trasikow, duque de los obotritas, acometió la empresa de vengarle con auxilio de los sajones, taló las tierras de los wiltzos, y recuperó los países que ellos le habían arrebatado; pero mientras se acercaba á las fronteras de los daneses, fué asesinado por un emisario de Godofredo.

Este príncipe se proponía nada menos que conquistar toda la Germania (19) con ayuda de los eslavos y de los sajones. Habiendo armado, en su consecuencia, doscientas naves, abordó á las costas de la Frisia y vendió la paz á muy caro precio. Carlomagno, para oponerse á sus ataques, fortificó el castillo de Hochbur (*Hamburgo*) y construyó á Essefeld, junto al Sturia; pero á este tiempo fué asesinado Godofredo (810), y Emmingo, su sucesor, ajustó la paz con los francos, que fué jurada por doce nobles de cada bando á orillas del Eider,

(18) No hacen mención las crónicas más que de un solo escandinavo convertido al cristianismo y colmado de honores, Holger Danske, el Ogiero danés de los romances.

(19) *Godofridus adeo vana spe inflatus erat, ut totius sibi Germanie promitteret potestatem.* EGINARDO, c. 14.

(17) Véase antes pág. 359.